

Sólo la Religión vuelve la calma,
Y disipa las sombras de nuestra alma
Con la luz fulgurante de los cielos.

Ama ardiente al Eterno con fé pura,
Que en Él tan sólo la verdad se encierra;
A tus hermanos quiere con ternura,
La envidia y el rencor de tí destierra,
Y, en éxtasis de amor, siempre murmura:
¡Gloria á Dios en la altura,
Paz al hombre en la tierra!

Tepic, agosto 17 de 1882.

LA VENTANA.

LEYENDA HISTÓRICA

EN TRES CANTOS.

CANTO I.

Siento á veces venir á la memoria,
Dulces recuerdos de la edad temprana,
Las gratas remembranzas de una historia
Unida íntimamente á una ventana.
Una alegría triste,
Pensando en esa historia el alma siente:
Bello es soñar con lo que ya no existe
Y que en nosotros vive eternamente.

No me explico por qué; pero constante
Siempre esta idea por mi mente pasa:
Lo que los ojos son en el semblante
Parecen las ventanas en la casa.
Si la suerte á una casa me conduce
En donde las ventanas no han abierto,
Tal clausura el efecto me produce
De los cerrados párpados de un muerto.

Sabiendo esa ilusión, nadie se admire
De que alce á una ventana tierno canto,
De que por ella con dolor suspire:
¡Es un recuerdo que me dice tanto!

Era una solitaria callejuela
De tristeza impregnada y de misterio,
Que en su silencio y soledad tenía
Una tranquilidad que parecía
La calma sin igual de un cementerio.
Cuando yo atravesaba
De esa calle los ámbitos desiertos,
En aquellos paseos clandestinos,
En sus casas hallaba á los vecinos
Mudos, como en sus nichos á los muertos.
Esa calma sin par me complacía
Y á menudo la calle recorría,
Mirándola con ojos avizores,
Cuando con gran sorpresa una mañana
Acerté á divisar una ventana
Adornada con pájaros y flores.
Con infantil curiosidad llegando
Puse en olvido pensamientos graves,
La ventana mirando
Con lindas flores y preciosas aves.
Jamás en la desierta callejuela
Llegué á mirar un cuadro tan hermoso;
En las otras ventanas nunca había
Rastro alguno de ornato y de belleza;
Sólo el sello cruel de esa pobreza
Sin fé, sin ilusión, desnuda y fría.
Era una novedad halagadora
El adorno gentil de aquella casa
Que revelaba esa pobreza, escasa

De oro, mas no de gracia encantadora.
En un adorno tan sencillo y bello
Tal candidez había y tal pureza,
Que en él hallé de la inocencia el sello.
Al mirar tanta gracia en la pobreza
De una mujer la mano vi en aquello.
Tan sólo una mujer llenar podría
De encantos una calle árida y fea,
Poblar la soledad que la rodea,
De gracia, de pureza y de armonía.

Llegando á la ventana diligente
Una mirada deslicé indiscreta:
Era un cuartito blanco y sonriente,
El sueño de una artista ó de un poeta,
El sueño de una virgen inocente.
Una mansión tan cándida y tan bella,
Tan llena de hermosura y poesía,
Que Fausto otra mejor no buscaría
Para alojar á Margarita en ella.
Aun hoy en mi memoria la contemplo,
Salvando de los tiempos el abismo;
Porque la vi con el respeto mismo
Con que se mira un templo.

De los muebles allí la gentileza
Era extremada, y, en rincón obscuro,
Sencillo y pobre, pero blanco y puro,
Un lecho vi de cándida limpieza.
Ni la sombra de impuro pensamiento
Cruzó al mirarle por la mente mía;
De quién era ese lecho no sabía
Sino por un fugaz presentimiento,
Y ya con gran respeto le veía

Ostentando su limpia refulgencia.
Siempre el pudor entre el misterio asoma;—
Se adivina quizás,—que la inocencia
Tiene, como las flores, un aroma.

En sitio preferente, que mostraba
Que un uso continuado de él se hacía,
Un bastidor probaba
Que allí para el trabajo se vivía.

De las cosas de abajo,
Lo que más entenece el alma mía
Es la santa armonía
Que ofrecen la inocencia y el trabajo.
¡Dichosas las criaturas consagradas
Al culto de un deber que han respetado:
¡Cómo adoro las manos delicadas
Que piden al trabajo un pan honrado!

Vi ropas de mujer junto á aquel lecho,
Pobres también; pero de encanto llenas;
Y aspiré en el cuartito, satisfecho,
Como un vago perfume de azucenas.
Todo era allí risueño;
De aquella habitación limpia y graciosa
Salía el no sé qué desconocido
Que nos anuncia una mujer hermosa,
Yo, que en éxtasis dulces me adormía,
Pensaba conmovido,
Siendo tan bello el nido,
Cuán bella ser el ave debería!

¡Cuánto se complacía la mirada
Al ver esa mansión embellecida

Por una mano de hada,
Mansión de paz y de contento henchida!
¡Bendita la pobreza resignada,
Alegre en las miserias de la vida!

Aquella habitación era el espejo
Donde las gracias se pintaban de ella;
Todo era allí de su beldad reflejo,
¡Y es tan dulce el reflejo de una bella!

Si mucho, á la verdad, me complacía
Aquella habitación limpia y galana,
Siguiendo siempre mi pueril manía,
Al fin me decidí por la ventana,
Que más bella á mi gusto parecía.
Trepaba una gentil enredadera
Por la parte exterior en sueltos lazos,
Cual si á estrechar á la ventana fuera,
Como amante feliz, entre sus brazos.
Era una embriagadora madre selva
Que esparcía en aquellas soledades
Ese agreste perfume de la selva
Que es tan grato aspirar en las ciudades.

Tenía en la ventana colocadas
La dueña de ese nido de primores
Algunas de sus plantas adoradas,
Que la hacían soñar con sus olores.
Allí, esbelto y gallardo,
Pálido y oloroso,
Cual del alma recuerdo vagaroso,
En su tallo gentil se alzaba un nardo.
Arrogante y graciosa,
De vívido color y de hechicero

Perfume, levantábase la rosa,
 Risueña imagen del amor primero,
 Henchida de gentil melancolía,
 Lamentando quizás un mal de amores,
 La cándida gardenia allí esparcía
 El más dulce de todos los olores.
 Impregnada de célicas dulzuras,
 Encarnación del sueño de un poeta,
 Tímida se ocultaba la violeta,
 La favorita de las almas puras.
 Viviendo en la pureza y en la calma,
 En esas cuatro plantas que tenía,
 La dueña de la casa poseía
 Un fiel trasunto del jardín de su alma.

En sus jaulas sencillas, pero bellas,
 Embriagados tal vez con tanto aroma,
 Lloraban sus dulcísimas querellas
 Un canario, un zenzontle, una paloma.
 Poblaban el recinto solitario
 La paloma de tiernas elegías,
 El zenzontle de gratas melodías,
 De suavísimos trinos el canario.
 A veces, de lucir con el anhelo,
 Los alados artistas modulaban
 Un divino terceto, y semejaban
 Eco dulce de música del cielo.

Yo, lleno de sorpresa y encantado,
 Gocé con emoción tanta belleza;
 Mi pecho respiraba alborozado
 Ese santo perfume de pureza.
 Mas mi curiosidad aun no saciada,
 Después de contemplar el paraíso,

Ansió mirar una hermosura nueva;
 La idea me asaltó de que es preciso
 Que en todo paraíso haya una Eva.
 Inútil afanar! en aquel día,
 Y en otros muchos, se miró frustada
 Mi gran curiosidad, y más crecía,
 Cuanto más empeñosa, más burlada.

Mirando que de día nunca pude
 Hallar á esa deidad tan misteriosa,
 Objeto de mis dulces ilusiones,
 Fuí á buscarla en la noche tenebrosa,
 Que al fin es más propicia á las visiones.
 Al acercarme con ardiente anhelo,
 De pronto me detuve conmovido,
 Porque sentí llegar hasta mi oído
 Un cántico sin duda desprendido
 De la armonía plácida del cielo.
 Al escuchar ese divino canto,
 Más mi deseo abrasador crecía;
 La aventura tenía
 Con eso un nuevo irresistible encanto,
 Pues para el alma mía
 Lo mejor en el mundo, y lo más santo,
 Son, sin duda, el amor y la armonía.
 Yo concedo á los dos iguales palmas,
 Y me inspiran las mismas ilusiones,
 La música, armonía de los sonos,
 Y el amor, armonía de las almas.

Llegué rápidamente,
 Con la curiosidad más encendida,
 A la ventana objeto de mi empeño,
 Y con tristeza la encontré cerrada;

Pensaba ver la imagen de mi sueño,
 Y, con pena lo digo, no vi nada.
 Cerradas las dos hojas con cuidado
 Mirar al interior no se podía;
 El misterio no había terminado,
 Prolongábase el sueño todavía.
 Y á fé que era preciso
 Soñar con ese cántico escapado
 De la divina esfera;
 Si de ese misterioso paraíso
 A la Eva no había contemplado,
 Logré escuchar al ruiseñor siquiera.

Y después, en mis horas de alegría,
 Y después, en mis horas de tristeza,
 Olvidar el misterio no podía
 De aquella melapcólica belleza
 Que velada en la sombra aparecía.

LA VENTANA.

CANTO II.

Como siempre guardaba en la memoria
 Esos dulces recuerdos palpitantes,
 De mi incógnito amor supe la historia,
 A fuerza de pesquisas incesantes.

Es historia de lágrimas y penas;
 Si llorando nació, creció con llanto,
 Es ley constante que las almas buenas
 Dolientes lloren en el mundo tanto.

Su padre era soldado, y á la guerra
 Un día se partió, y abandonadas
 Hija y madre quedaron en la tierra,
 Al llanto y la miseria condenadas.

Cuando la niña plácida jugando
 Sentía, estremecida de repente,
 Que, cual gotas de fuego, iban rodando
 Dos lágrimas amargas por su frente;

Era su pobre madre que lloraba
 Por el querido sér que estaba lejos,

Y en su hija sollozando contemplaba
Del amor de su esposo los reflejos.

Y pasaban un día y otro día
De eterna espera y de dolor sin tasa,
Y el ausente adorado no venía
A alegrar con su voz aquella casa.

Y como en este mundo no abandona
La ilusión al que júbilos espera,
¡Si viniera! . . . pensaba la matrona,
Y decía la hija: ¡si viniera . . . !

Como creció la niña en el quebranto,
Se fué haciendo solemne su belleza,
Y la adornaba, cuál doliente encanto,
Una eterna aureola de tristeza.

Por fin, tras tantas horas de amargura,
Llegó una hora llena de contento,
Y hubo como un destello de ventura
En la noche sin fin de aquel tormento.

Soñó la pobre madre que el ausente
Feliz tornaba á los amantes brazos,
Y en la explosión de su cariño ardiente
Las llenaba de besos y de abrazos.

Y las dos en su amor interpretaban
El grato sueño locas de alegría,
Y ellas que tanto de dolor lloraban,
Al fin lloraron de placer un día.

Y las dos contemplaban en su gozo
Un porvenir de júbilo, risueño:

Un sueño las llenaba de alborozo . . .
Y su dulce ilusión sólo era un sueño.

Y como siempre que el placer existe
Cantar, al corazón complace tanto,
Tras mucho tiempo de silencio triste
Se oyó en la casa resonar un canto.

Las dos hicieron de su dicha alarde
Como en días mejores sonrieron,
Hasta que al fin al declinar la tarde
Una carta de pronto recibieron.

Su sueño placentero recordando,
La madre la leyó con gran presteza,
Y á su hija luego la alargó lanzando
Desgarrador gemido de tristeza.

Leyó la niña con dolor profundo
Que eterno iba á ser ya su desconsuelo
Porque el sér que esperaban en el mundo,
Oraba ya por ellas en el cielo.

En sangrienta batalla quedó inerte,
Y, mirando sus miembros destrozados,
Lloraba el infeliz, más que la muerte,
La ausencia de los seres adorados.

Parece que la suerte con encono
En los que más padecen más se fija:
Murió el padre gimiendo en su abandono
No por él, por su esposa y por su hija.

Murió, víctima obscura de la guerra,
Sin que nadie los ojos le cerrara,

Y su cuerpo arrojaron bajo tierra
Sin que una cruz su tumba señalara.

Pobre alma mártir ascendió á la altura,
Y ellas quedaron á sufrir mil duelos,
Y, mirando su horrible desventura,
Él también suspiraba allá en los cielos.

Derramaron las dos amargo llanto
Cuando la triste nueva recibieron;
Pero lloró la madre tanto, tanto,
Que ya nunca la luz sus ojos vieron.

¡Ay! Jamás la desdicha sola llega,
Y, ya perdidos bienestar y calma,
En el mundo quedó la pobre ciega
Con sombras en los ojos y en el alma.

Su vida fué de llanto y agonía;
Mas, ablandada al fin la dura suerte,
Llegó la aurora del eterno día
Tras las densas tinieblas de la muerte.

¿Y la niña? La niña sin ventura
Más sola, más llorosa y más severa,
Vegetaba en el valle de amargura
En esa edad que llaman primavera.

Quedó sin esperanza ni consuelo
Llorando su terrible desencanto.
Adelante, adelante! ¿No hay un cielo
Do los ángeles secan nuestro llanto?

Entonces, ofreciéndole una anciana
El ser como otra madre para ella,

La infeliz aceptó de buena gana:
Era tan inocente como bella.

Ay! no era caridad santa y bendita
Lo que guiaba á la vieja miserable;
Al ampararla hipócrita medita
Yo no sé qué proyecto formidable.

Como tan hechicera la veía,
Pensó su infame corazón de lodo:
“¿No es esta joven rica mercancía
Par a ese mundo en que se vende todo?”

Es bella, y la hermosura bien se paga,
Es pura, y tiene un precio la pureza,
La juventud al comprador halaga:
Mi único porvenir es su belleza.”

La acoge tiernamente, y el consuelo
Trata de darle en su dolor profundo.
¡Qué sentirá la madre allá en el cielo
Al ver quién la reemplaza en este mundo!

Y pasaban los días y pasaban,
Llenos de pesadumbre ó de atonía,
Y en su rápido paso acrecentaban
La fatal hermosura de María.

Y como el tiempo al fin siempre consuela
La niña fué sintiendo lentamente,
En medio del pesar que la desvela,
Accesos de consuelo intermitente.

Que fuese muy feliz no era posible,
Como siempre el recuerdo la devora;

Mas siente en vez de su dolor terrible
Una melancolía arrobadora.

A veces se dibuja una sonrisa
En su boca, porque oye en lontananza
En los tenues rumores de la brisa
Unos vagos murmullos de esperanza.

A veces se embelesa, aunque se asombra
Porque mira olvidando sus querellas,
En medio de la vida, esa gran sombra,
Brillar las ilusiones como estrellas.

Y siente, llena de emoción ignota,
En éxtasis extraños, seductores,
Que de su alma la armonía brota
De unos desconocidos ruiseñores.

¿Y será que sus padres un consuelo
Le mandan de la altura donde moran,
O que bajan los ángeles del cielo
A hacer soñar un poco á los que lloran?

No sé; pero en su frente se refleja
Una nueva hermosura irresistible;
El ángel de los sueños siempre deja
Al besarla una huella indefinible.

Y más ese reflejo la embellece
Y son sus atractivos más radiantes,
Y más el ansia de la vieja crece
Por explotar la mina de diamantes.

Con prudente codicia bien la trata,
Porque comprende su maldad impía

Que más bella la hará la vida grata
Y venderá mejor su mercancía.

¡Cuán dulce era aquel sér de Dios querido!
Al mirarla tan pura, tan hermosa,
Se habría una pantera conmovido;
Mas no tuvo piedad la vieja odiosa.

Desechar sentimientos tan villanos
No pudieron las gracias hechiceras:
¿Por qué tendrán á veces los humanos
Crueldades que no tienen las panteras?

Y la niña, dichosa en su ignorancia,
Sueños disfruta en éxtasis profundo,
Como el ciego que aspira la fragancia
De una flor y no ve al gusano inundo.

Bendice á Dios y con afán trabaja,
Por los que han muerto reza con empeño,
Y, entre las sombras de la noche, baja
Un ángel á mezclarse con su sueño.

Adquiere plantas, anhelando olores,
En sus limpias macetas las coloca,
Y al ver abiertas ya todas las flores
Se siente á punto de volverse loca.

Su ambición colosal no se detiene,
Poseer unos pájaros ansía,
Y, á costa de mil penas, al fin tiene
Tres aves que le cantan á porfía.

Como es buena, es modesta en sus deseos,
El trabajo le da la paz del alma,

Y entre sueños, perfumes y gorjeos
Pasa la vida en deliciosa calma.

De sus padres la aflige la memoria;
Pero la anciana, con lenguaje tierno
Le recuerda que habitan en la gloria
Y que por ella ruegan al Eterno.

Se resigna á ser huérfana, pensando
En que ellos gozan la eternal ventura;
Si con ella no están, están alzando
Por ella sus plegarias en la altura.

Es la resignación dicha cumplida
Para el que otra mejor aquí no alcanza,
Y además ella tiene en esta vida
Una inmensa fortuna, la esperanza!

Los bienes de la tierra no recibe;
Mas nada necesita, y mucho espera;
Así es que no se queja, y en paz vive,
Buena siempre, y también siempre hechicera.

Ay! la asecha en la sombra la serpiente
Y un día, al contemplarla arrobadora,
Dijo la vil anciana alegremente
Con sonrisa infernal: ¡llegó la hora!

LA VENTANA.

CANTO III.

La vieja, esa ave inmunda de rapiña,
Buscaba diligente
Un libertino de alma delincuente
Que comprara la honra de la niña,
Pagándola en un precio conveniente.

Angel de la pureza,
¿No sientes resbalar por tus mejillas
Lágrimas de tristeza,
Al mirarla vender en su vileza
Lo que adorar debiera de rodillas?

Habría sido la pesquisa ociosa
Si aquella infame anciana
Buscado hubiera una alma luminosa,
Llena de amor y caridad cristiana,
Un sér que, puesto en Dios el pensamiento,
Alargara la mano al que perece,
Y diera, sonriéndose, al hambriento
Ese pan que alimenta y no envilece.
Pero buscaba un sér degenerado